

LA HOJA de PARRA



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.
Apartado 547.—Teléfono 1843

SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER

Sección vermouth.

LUIS ESTESO

Toquecito.

JOSÉ MOREIRA

El celo paternal.

EL DOCTOR BOMBARDA

... Y vamos tirando.

FERNANDO AMADO

Males de verano.

FERNANDO LUQUE

Eva, comisionista.

CLEMENTE DE CASTRO

Tornaboda.

CARLOS MARTÍ

Los honorarios de abogado.

LUIS DE OSSA

El gran reclamo.

M. CAMACHO BENEYTES

Belmonte.

FELIX RECIO

El recurso de Aristides.

TOVAR

y **DEMETRIO**

Varios dibujos y retrato de

Pilar Carreras.

PILAR CARRERAS

Una de las «columnas» que
sostendrá la próxima temporada
el Templo
de Apolo y Chicote



5 cénts.

SECCION VERMOUTH

DEL fresco gratisimo de las playas gallegas al calor de horno de los Madriles, hay una diferencia lamentisima, pero San Escocerse cayó en viernes, y no hay más remedio que regresar á amarrarse «al duro banco de la galera turquesa». Ya se iba uno haciendo á la buena vida, entregado al marisco en sus diversas manifestaciones, levantándose al rayar el alba y acostándose cuando las gallinas, libre del ruido de la cortesana villa, y completamente feliz por no saber cuáles eran las últimas declaraciones del Presidente del Consejo, y encantado de no tener noticias de la fecha convenida para que don Melquiades comience «á chupar del bote».

Pero lo bueno dura poco, en eso están de acuerdo todos los tratadistas, desde el padre Adán que por pasarse un ratito de

juerga íntima, ya ven ustedes el lfo en que nos metió, hasta Rodríguez de la Borbolla que fué ministro unas cuantas horas y se pasó unos cuantos años aguardando el Maná hasta que Romanones se acordó de que existía en el mundo un super hombre que lo mismo se toma dos cañas de Manzanilla con «Minuto» en la Venta de Eritaña que interpreta y dirige el Código civil.

¡Qué santiaguesas, qué ferrolanas y qué coruñesas he visto (solo visto, ¡eh!) por esas tierras encantadoras! Viendo á las santiaguesas se explica lo de «Santiago, y á ellas!», contemplando á las del Ferrol, se confirma la fama de hermosas que disfrutaban en todas partes donde hay representantes del sexo feo que tienen buen gusto, y admirando á los de la Coruña se

queda uno mucho más extasiado que oyendo un discurso de López Muñoz, que según sus admiradores, son una barbaridad de hermosos.

Pues de ver esas heldades pase usted á la transición terrible de volver á ver esos cétecos humanos que tanto gusto dan á cierta parte del respetable público en clase de luchadores, y el efecto es como para tirarse por el Viaducto ó hacerse maurista ó cometer al-

LAS APARIENCIAS ENGAÑAN



—Pollo, este es reservado de señoras.

—¡Ay! ¿sí? pues este es el mfo.

gún otro disparate por el estilo. A esto hay que añadir el cambio de temperatura. Allí la tenía completamente fresca, y aquí la tengo muy elevada, y aunque, en buena hora lo diga, esto es halagador en ciertas ocasiones, así a diario, resulta bastante incómodo, porque hay que pensar en los medios refrigerantes de que se la bajen a uno, bien por el sistema de la horchatería donde se hallen elementos adecuados, ó bien por cualquier otro procedimiento.

Total, que me he encontrado a mi Madrid mucho más caliginoso que lo dejé un mes hace, y como consecuencia, mucho más calientes las discusiones sobre política, sobre tauromaquia y principalmente sobre mujeres. Estas, sobre todo están más calientes que antes, lo cual que me complace sobremanera, pues así es como me gusta a mí verlas. Claro está que me refiero a las discusiones.

Por lo demás, si aquí no me sirven como por las costas gallegas, una fuente de sardinas revenidas (que es el colmo de la si-

COSAS DE VARIETES



—Como empresario te impongo dos pesetas de multa.
—Pero como queridito mío me vas a imponer dos mil duros en el Banco de España.

calipsis culinaria), en cambio me puedo dar un atracón de tomates.

Y esto siempre es un consuelo.

Un pequeño REPORTER

TOQUECITO

Juana que se vió perdida,
ahora se halla recogida
y duerme en casa de Antón,
que tiene una habitación,
en extremo reducida.

Y como á engordar empieza,
Juana de mudarse trata,
cometiendo una torpeza,
pues no encontrará otra pieza
tan buena ni tan barata.

Luis ESTESO



El Amor.—¡Vaya, me puedo retirar, ésta ya no se arrepiente!

:: El celo paternal

El señor de Rodríguez subió hasta aquel piso tercero, tiró de la campanilla, y cuando la críada le abrió la puerta, preguntó con toda la gravedad de sus cincuenta años:

—¿Está en casa la señora?

—¿Qué señora? —replicó la criada.

—Doña... Amparo... —dijo Rodríguez turbándose.

—Espere usted un instante, que voy á preguntar.

Y momentos después reapareció diciendo:



—¡Ay qué gusto, gracias al ventilador se puede respirar en esta habitación!

—Sí, señor, está. ¿Qué deseaba usted?

—Verla.

En este momento resonó por allá dentro una voz fresca y argentina que gritaba:

—Antonia, dile á ese caballero que tengo la bondad de esperarme, que estoy aviándome.

La criada, obediente al mandato, condujo al señor de Rodríguez á una habitación pequeñita, amueblada regularmente: un sofá, dos butacas y seis sillones de yute azul, un espejo y una cortina de la misma tela que la sillería; en las paredes varias esterillas con retratos, dos vírgenes y tres números de *La Lidia* puestos en marcos dorados.

El aspecto, en total, de la habitación, correspondía al carácter de la dueña de la casa, que ya conocerá el lector más adelante.

Adivinábase también que aquella salita no era de uso muy frecuente, y que la señora debía de recibir sus visitas en otra habitación.

El señor de Rodríguez se había sentado en una butaca, y, sin abandonar el sombrero y el bastón, aguardaba emocionado visiblemente el momento en que apareciese doña... Amparo.

—Servidora de usted.

El señor de Rodríguez levantó la cabeza y contempló á la recién llegada en el momento de aparecer.

Era alta, rubia, de grandes ojos azules, nariz correcta, boca grande, cuyos labios se plegaban con una sonrisa alegre que descubría una dentadura blanquísima; su cutis, como la nieve, tenía algunas pecas que en nada afeaban el conjunto de aquella fisonomía alegre y simpática:

Vestía un *matinée* blanco, con cuello y puños de encaje, falda negra de reluciente raso, y calzaba zapatitos de charol con tacones muy altos.

Se adelantó resuelta-mente y tomó asiento en la otra butaca.

El señor de Rodríguez seguía emocionado.

—Usted dirá.

—Señora...

El señor de Rodríguez dejó el sombrero en una silla próxima, y sin alzar la vista, que tenía fija en el puño del bastón, se atrevió por fin á decir:

—Señora, vengo á verla á usted con una misión delicadísima.

—¿De veras?

—Como usted lo oye. Me ha costado un trabajo grandísimo decidirme á dar este paso, pero una vez resuelto á ello, no puedo retroceder en el camino emprendido.

—¿Sabe usted que empieza á ponerme en cuidado?

—No, no se alarme usted, porque, después de todo, la cosa no tiene nada de particular.

—Acabe usted, hijol

—Soy padre, señora.

—Por muchos años... Siga usted.

—Yo soy... ¡el padre de Julio!

—¿De Julio?

—Sí, señora, el mismo; de ese hijo ingrato y pérfido, que olvida los consejos de sus mayores y deja á su familia en la desesperación, mientras él, impulsado por el acicate de las pasiones, se lanza al torbellino de la vida en busca de esos placeres que son la perdición de la juventud.

—Muy complicado es todo eso para que yo lo entienda; y además, yo...

—No... usted está justificada á mis ojos; el papel que usted representa no influye para nada en esta tragedia de familia á que Julio pretende arrastrarnos... Yo no vengo á recriminarla á usted, porque sé muy bien lo que son estas cosas; á mis años nada puede sorprenderme... Pero, colóquese usted en mi situación. ¿Puede verse con calma que el hijo á quien se adora se pervierta apenas lanzado al mundo?... Yo sé que pasa los días en busca de esos placeres efímeros; que bebe, que juega, que va á los bailes, que ha recorrido todas las prevenciones... Y todo por usted, de quien es esclavo.

—Bueno, ¿y qué?—repuso Amparo amostazándose.

—Nada, señora; no se incomode usted, porque ya he dicho que todo eso me parece muy natural. Usted es guapa, guapísima...

—Favor que usted me hace.

—No, señora, justicia. Comprendo que usted enloquezca á Julio, que le trastorne con esa mirada de fuego, con esa boca, que es un nido de perlas, con esa garganta como la nieve...

El señor de Rodríguez hablaba con demasiada elocuencia, y al llegar á este punto dirigía los ojos con evidente indiscreción al escote de Amparo...

—Sí, señora, sí; pero es preciso que usted se sacrifique en obsequio mío.

—¿Yo?

—Usted, vea el medio de romper esas relaciones; yo estoy dispuesto á todo, Amparo.

—Pero, comprenda usted...

—Nada, nada... hay que conseguirlo á todo trance; usted no perderá nada.

—¿Y en qué situación quedo yo?

—Eso no la importa á usted...

Y el señor de Rodríguez aproximó un poco su butaca.

—Porque en último término yo mismo...

En aquel momento vibró el timbre de la puerta de la escalera.

Cuando la sirvienta se disponía á abrir, Amparito salió al pasillo, acercándose á ella, murmuró:

—Si es el señorito Julio, ¡que no estoy en casa... que me he marchado fuera!

José MOREIRA

DE LOS ESCARMENTADOS...



—Le advierto á usted que la vizcaína está riquísima.

—¿Bacelao? ¡De ninguna manera! Después me huele mi mujer y se cree otra cosa.

...Y VAMOS TIRANDO

Alabando á su mujer decía Julio Redondo:

—De su valor te respondo, y es tan dura de cocer...

Tiene un carácter tan bravo, y unas uñas tan aviesas, que las mantiene tiesas á once civiles y un cabo.

El doctor BOMBARDA

☞ Males de verano

¡De verdad! Me alegro que me haya jugado esa mala pasada, porque era el único medio de romper con ella.

Estamos los hombres condenados á sufrir una serie de impertinencias y atropellos que no tienen nombre, sólo porque una mujer es bonita.

Y la mayor parte de las bonitas son unas fieras que esconden las uñas bajo la

SIGUIENDO A UNA CHULA



—¡Esto es llevar á uno con la lengua fuera!...

cabritilla del guante y disimulan su instinto de hiena una sonrisa verdaderamente felina.

El histerismo y la neurastenia son dos enfermedades que están cambiando la faz del eterno femenino.

Queda relegado á la leyenda eso de «la debilidad» del sexo; casi todas las mujeres de estos días tienen más acometividad y más fuerza heroica para darse de bofetadas, que un pollo cualquiera á quien

tropieza usted en el paseo y le pisa un callo.

El pollo se calla ó cuando menos protesta débilmente...

La mujer que se ve herida, no en un callo precisamente, sino en lo más insignificante de su amor propio, echa los pies por alto (recogiéndose las faldas) y le da á usted dos puntapiés entre ceja y ceja como se le ponga á ella en el mismo sitio.

¡La neurastenia!... ¡El histerismo!...

—Vamos donde quieras, hijita. ¿Te parece á las Ventas?...

—¡Grosero! Para que todos los que nos vean allí supongan que soy una criada sin colocación y que distrae de ese modo los días que tiene libres hasta encontrar casal

—Pues vamos á la Bombilla.

—¡Justo! ¡Como si yo fuera una mujer galante del séptimo cuaderno, capaz de almorzar en un gabinete y de estarme callada á los pestres para que el camarero se sonría picarescamente cuando después me vea salir!...

—Pues tú dirás dónde vamos.

—¿Y o? ¿Cómo lo he de decir?

—¿Al Petit Fornos?

—¡Eso es! A una taberna con honores de restaurant, donde no hay más que callos y judías.

—Pues al Fornos efectivo.

—¿A Fornos yo? ¡En seguida! Tiene fama



La mamá.—¡Te prohibo que toques á las peras!

El niño (aparte).—¡Atizal! ¡Ahora resulta que no es la manzana la fruta prohibida, que es la pera!



La cocinera (oliendo el plátano).—Siempre que traigo plátanos se los ha de llevar usted á su cuarto para jugar con ellos. ¡Cuando menos lévelos usted después!

á última hora de ser un Bolsín del amor barato.

- ¿A casa de la Concha?...
- ¡Nunca! Yo no puedo estar entre borrachos y bohemios de última hora.
- Pues... ¡tú dirás!
- Tomemos un coche y que el cochero nos lleve donde él crea más oportuno.

⋮

—Al fin y al cabo hemos venido á parar á un merendero de los peores.

—Bueno, no hablemos más; que dispongan lo que hemos de comer. No tengo ganas...

—Pues entonces...

—Digo que no tengo ganas de discutir contigo. De lo que tengo ganas es de otra cosa.

—Ahora mismo.

—Sí; pero iré yo sola. Déjame la cartera; no quiero tener que molestar á nadie sin dinero para gratificar.

—Toma dos pesetas; creo que bastará.

—¡Siempre tan miserable!

—No, hija, no; ahí va la cartera con todo lo que tengo.

—Bien; encarga dos cubiertos de lo mejor que haya, mientras yo voy á... eso.

—¡Descuida! ¡Va á ser todo superiorísimo!

¡Tres horas, Dios mío!
Porque después de que cenamos, volvió á ocurrírsele lo mismo.

Y á las tres horas cuando he querido salir del merendero, por poco me matan los dueños.

¡No tenía dinero para pagar!
¡Como que estoy esperándola todavía!
¡Oh! La neurastenia y el histerismo... y males de verano. ¡El agua, los refrescos!...
Y los cuarenta duros de la cartera.
Todo es una enfermedad.

Fernando AMADO



La Salomé en la danza que le costó la cabeza a señor Juan Bautista.

Leed en EL LIBRO POPULAR
NOCHE DE JUERGA
novela completa por
ALEJANDRO LARRUBIERA

20 céntimos

Eva, comi- Indudablemente,
 la mujer marcha
 con sus pasitos
 menudos y sonoros
 al compás de la vida moderna. Eva,
 para emanciparse de la férula masculina,

LECTORAS DE «LA HOJA»



La señora.—¿No te habrán visto comprarla?
 ¿Dónde la has traído oculta?

La doncella.—Pues verá la señorita, como yo
 he visto en el Museo de Escultura...

La señora.—¡No digas más!

del convencionalismo macho y de la tirana impertinencia del calcetín y del puchero, ha encontrado otro camino más decente que el de la prostitución y menos torcido que el del sufragismo: Eva se ha hecho comisionista

Cierto, de toda certidumbre. Ya andan por esos monótonos mundos del Comercio y de la Industria, gentiles y sonrosadas, las primeras mujeres traficantes en comisiones y representaciones.

La idea no deja de tener su picardía, y

á buen seguro que dará superiores resultados. ¿Quién se niega á aceptar el ofrecimiento de una mujer bonita, aun cuando este ofrecimiento sea una expedición de sardinas en lata ó una partida de batatas malagueñas?

Los comerciantes enamoradizos ya pueden ir empujando sus establecimientos si no quieren caer en una quiebra inexorable. Nada como unos ojos negros y jugetones ó como unos labios rojos y mirmosillos para convencer al mercachifle más «glacé» de la excelstitud de cualquier género, así sea más malo que el mismísimo género femenino.

De forma que á mayor belleza mayor negocio, en cuanto este «modus vivendi» excelentísimo se generalice, han de verse y oirse cosas y casos muy sabrosos.

A lo mejor, el dueño de una respetable tienda de ultramarinos recibirá la visita de una magnífica señora, á la que viera pocos días antes en un escenario de obscenidades, retorciéndose con la solemnidad de un «molinete» rotativo y perfecto:

—¡Caramba! ¿Usted por aquí?...

—¿Me conoce usted, acaso?

UNA COQUETUELA DELICIOSA



—¡Pues sí que tenía muchísima razón ese teniente al decirme que soy guapísima!

Tornaboda Comedor con-
fortable, con
artísticas rinconeras sobre las cuales hay
vistosas plantas de salón. Son las doce y
cuarto. La criada acaba de servir el café.
Un rayo de sol penetra á través de los cris-
tales policromos de la ventana envolvien-
do en una gasa verde la cabeza de don
Luis; mientras el semblante marchito de
su esposa aparece rodeado de un nimbo
amarillento que acentúa el intenso color
violáceo de las ojeras.

DON LUIS (*sirviéndose una copita de*

EL QUE ESPERA...



—¡Qué desesperación, yo tan preparada esperándole y él puede que esté entre-
tenido con cualquiera... con su mujer, por ejemplo!

chartreuse).—Puedes creer lo que gustes,
pero hoy me encuentro mejor, más tran-
quilo, que ayer á estas horas.

DOÑA PAULINA.—¿...

L.—No comprendo cómo pueden rasi-
tir estas emociones los padres que tienen
cinco ó seis hijas casaderas.

P. (*Distraída*).—Sí, indudablemente...

L. (*Mirando á su mujer*).—¿Qué tienes?
¿Estás enferma?

P.—¡Nol... ¿Por qué?

L.—Porque... tienes los párpados en-
rojecidos. Cualquiera diría que has llo-
rado.

P.—No... pero he dormido mal.

L. (*Entre dientes*).—¡He dormido mal...
Yo creo que ni siquiera te has acostado:
toda la noche has estado rebulléndote y
levantándote no sé á qué... Yo tampoco he
descansado bien, y achaco mi insomnio al
maldito champagne.

Se levanta y empieza á pasearse por el
comedor. Paulina le observa disimulada-
mente, luego vuelve á ensimismarse.

DON LUIS.—¡Paulina!

DOÑA PAULINA.—¿Eh?

L.—¿Puedo saber por qué tienes esa
cara? ¿No estás contenta?

P.—¿Conten-
ta de qué?

L.—Pues de
haber casado á
tu hija... ¡Me
parece que el
acontecimien-
to no es grano
de anís!... No
hace mucho
tiempo que an-
dabas con ella
de zoco en co-
lodro, de tea-
tro en baile ex-
hibiéndola.
Cuando regre-
sabas á casa,
me decías:
«¡Qué ganas
tengo de verla
casada!» Así
no tendré que
apretarme la
cintura ni que
acostarme á las
cuatro de la
madrugada...
¡Pues bien,
querida mía!...

Se acabaron los corsés y los trasnocheos;
ahora puedes ensabanarte á las ocho de la
noche si quieres. ¡Nuestra hija se ha casado!

P.—Sí... ¡Por fin!...

L.—Por supuesto, que no he conocido
ninguna madre como tú; siempre vigilan-
do á la niña quien, afortunadamente, tiene
excepcionales cualidades: buena, sensata,
reflexiva... mi mismo retrato... Algunas
veces he temido que con tus precauciones
exageradas la sugirieses la peligrosa in-
tención del pecado; pero, afortunadamen-
te, nuestra pobre Ana es una inocente...
una gran ingénuo, á pesar de sus audaces
y desembarzados ademanes.

Y doña Paulina se ecogge de hombros y mira al techo.

DON LUIS.—¡Cuánto me congratulo de verla casada!... Porque, realmente, ha logrado contraer un matrimonio muy ventajoso. Te fijaste cuando el alcalde dijo: «Vuestro padre, ese integérrimo y acaudalado industrial... honra de nuestro distrito...»

DOÑA PAULINA.—¡Ay, de mí!

L.—¿Otra vez?... (Irritado). ¡Por lo visto estás resuelta á ponerte de Mater Dolorosa!... ¡Estamos divertidos!... Vaya, vaya, alárgame ese periódico.

Doña Paulina obedece. Don Luis releo por trigésima vez y siempre con idéntica satisfacción, una gacetilla que refiere el matrimonio de su hija. Silencio. Paulina mira á su esposo atentamente; parece tener deseos vehementes de hablar, abre la boca, vacila y al fin se atreve.

DOÑA PAULINA.—¡Adolf!

DON LUIS.—¿?...

P. (Sonriendo).—¡Qué ideas tan estrafalarias se nos ocurren!... Estaba pensando, no sé por qué, en si hay algo... algún dato que revele y certifique el perfecto candor de una doncella.

L.—Indudablemente.

P.—¡De veras!... (Con terror).

L.—Sí. Un estudiantillo inexperto, tal vez se engaña; pero un hombre corrido, acostumbrado á sondear caracteres y á ver las almas desnudas de toda superchería y fingimiento, no se equivoca nunca. La doncella tiene en sus palabras, en la expresión ingénua de sus ojos, en sus sonrisas, algo que no engaña. Yo, por mi parte...

P.—¿Y crees que todos los hombres son tan perspicaces como tú?

L. (Envanecido).—No todos; algunos son espíritus cándidos cuyas facultades de observación tienen pobrísimos alcances.

P.—Y cuando el esposo descubre que su consorte no es lo que él creía... ¿qué puede hacer?...

L. (Dándose importancia).—Pues, sencillamente, devolvérsela á sus padres.

P.—¡Es posible! ¡Dios mío, Dios mío, qué tragedias tan horribles hay en la vida!

Suena una campanilla y casi al mismo tiempo Ana, la recién casada, entra en el comedor.

DOÑA PAULINA. (Dando un grito).—¡Ya me la traen!

DON LUIS. (Sonriendo, lleno de júbilo). ¡Ahí la tienes, mujer!... ¿No suspirabas por ella? ¡Mírala, qué hsrmosal!

ANA. (Arrojándose en brazos de su madre).—Aquí estoy mamá... ¿qué tienes?

P.—Tu marido... tu marido...

A.—Perfectamente, dentro de un momento vendrá. Yo he venido antes porque

CONOCIMIENTO DE CAUSA



—¡No, señor; mi mujer no me engaña, eso es una falsedad!

—¡Pero, hombre, si yo mismo!...

—¡Le digo á usted que no me engaña, porque siempre que se va con alguno me lo avisa un día antes!

ya no podía resistir el deseo de verla á usted.

P.—¿Te quiere, te quiere mucho? (Abrazándola).

A.—Sí... creo que sí...

P. (Riendo y llorando de emoción).—¡Ay, niña de mi alma, qué contenta estoy, qué felicidad tan inesperada y tan grande!... (Bajando la voz mucho, mucho).—¡Qué noche tan horrible he pasado acordándome de tí! ¡Cuánto he sufrído!...

A.—(Con una sonrisilla perversa).—Yo, en cambio...

Clemente de CASTRO

El gran reclamo

«La fortuna viene sola», acostumbra á decir mi amigo D. Antonio García Moriones con el mismo sentido real que Gedeón. Ello es verdad, y como prueba ahí va una historia muy curiosa de una hetera que se va haciendo popular aquí:

«Leona es irlandesa, tiene veintiséis años

«DEMETRIO» EN ACCION



—Estoy dibujando unas pantorrillas para el próximo número, que á mí mismo me han hecho suspirar más de cuatro veces.

y llegó á Londres á mediados de Octubre del año anterior: entonces nadie la conocía; era una de tantas aventureras que van á servir de deleite á los viciosos calaveras de la gran ciudad y que luego desaparecen sin dejar otro recuerdo de su personalidad que un nombre obscuro en el Registro de los hospitales.

El episodio que ha consolidado la popularidad de Leona U es muy original.

Leona, estando recién llegada á Londres, fué amiga de un viejo archi-millonario (no citemos nombres) que murió en Amberes á fines de Diciembre después de regalar á su coima algunos centenares de libras esterlinas en ropas y alhejas. Favorecida por aquel prestigioso marco de riqueza que la rodeaba, la joven no tardó en inti-

mar relaciones con un aristócrata sueco enemistado con sus millones, y gracias á él Leona U, que parece reunir á sus terribles atractivos de cortesana el espíritu económico y visor de las hormigas, llegó á ganar en pocos meses la respetable suma de trescientos mil chelines... Y como no hay bien que venga solo, pues las venturas, como los males, siempre van atrailladas, sucedió que por aquellos días en que la suerte parecía azotar á la hetera con disciplinas de oro, Leona U heredó á un tío suyo, rico solterón de quien apenas se acordaba, y que ignorando las venturas y deslices de su sobrina, la instituyó heredera de un cuantioso fortunón.

Otra mujer de aspiraciones más modestas, se hubiese retirado discretamente para buscar en cualquier rinconcito provinciano un hombre que, al casarse con ella, la hubiese asegurado ese porvenir burgués, honrado y pacífico, á que aspiran las almas vulgares; pero Leona U anhelaba más riquezas, más triunfos...

A mediados de Mayo iba á celebrarse en Londres una Exposición de pinturas, y este acontecimiento artístico inspiró á Leona una ocurrencia extraordinaria: la de

LUCHAS A CUERPO LIMPIO



Sarasa 1.º—¿Pero por qué le sujeta así?

Sarasa 2.º—¡Ay, Jesús, parecen tontol ¿No ves que lo está preparando?

presentar su retrato en la Exposición; pero un retrato desnudo, verdaderamente impúdico y lascivo, que sirviese de poderoso reclamo á su belleza. Con este pensamiento fué á ver á uno de los pintores más en boga aquí, algo como en España Julito Romero de Torres.

—Deseo —dijo— un retrato de cuerpo entero. ¿Cuánto podrá costarme?

—¿Vestida? —preguntó el artista.

—Sí.

—Diez mil francos.

—¿Y desnuda?

—Treinta mil.

Leona U pagó la mitad por adelantado y el artista puso inmediatamente manos á la obra, que luego resultó ser uno de los mejores lienzos de la Exposición. La joven aparecía de pie con los brazos cruzados sobre la cabeza y el busto algo inclinado hacia atrás, á fin de exaltar la depresión de la cintura y la lujurante pomposidad de las caderas: era un cuadro valiente, en que el artista ofrecía sin sutiles gasas ni otros pudibundos trampantojosos, una mujer en la actitud provocativa y gallarda de una ninfa que se desespera.

—Ahora —dijo Leona cuando el cuadro estuvo concluido— quiero que escriba usted al pie mi nombre.

—En ese caso —repuso el pintor— habré de retirar el mío.

—¿Cómo?...

—¡Oh! Usted comprenderá que, dado mi prestigio, mi posición... no puedo decorosamente...

El artista, á fuer de hombre galante, vacilaba temiendo decir algo muy ofensivo. Ella también permaneció perpleja, reflexionando; de pronto exclamó:

—Entonces, ¿firmará usted con pseudónimo?

—Como usted guste.

—Pues entonces, no hay más que discutir: ponga usted ahí: Leona U... Calle Cronwel, 137...

El cuadro obtuvo una segunda medalla, y tanto por esta circunstancia, como por el ingenioso letrero explicativo del lienzo, el retrato de Leona ha sido reproducido por las principales revistas londonenses ilustradas.

A estas horas toda Europa sabe quién es Leona y dónde vive... y contados serán

los aventureros ricos que, al llegar á Londres, no pregunten por la calle de Cronwel...

Luis de OSSA

París, 26 Julio 1913.

LAS TOBILLERAS INDUSTRIALES



—Madre, traiga usted al chico que le dé el pecho antes de marcharme.

BELMONTE

Para F. Gómez Hidalgo, admirable biógrafo del genial lidiador.

Sin alardes pueriles de majera, en un silencio trágico, imponente, Belmonte, el misterioso, con destreza ante la res se planta frente á frente.

Y así, ya en desafío con la muerte, su imperfecta figura se hace armónica cuando, quietos los pies, borda la suerte llena de majestad de la verónica.

Luego, tras la muleta, pasa el toro bajo el brazo del diestro —seda y oro— rozando el pecho de este gran torero que, rematada la ideal faena, hunde en la misma cruz todo el acero mientras una ovación la plaza atruena.

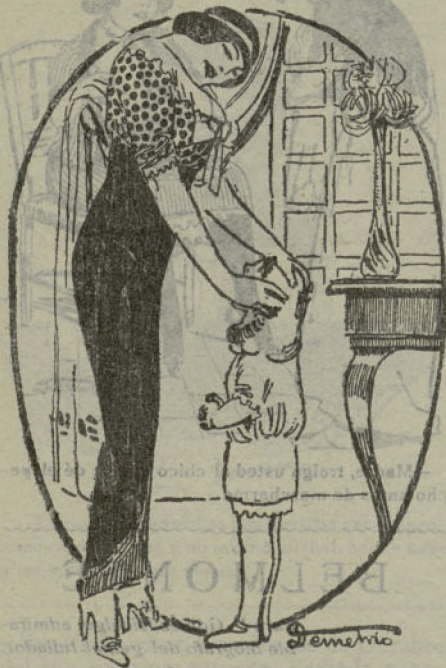
Manuel Camacho BENEYTEZ

Los honorarios de abogado

Enrique X., uno de los abogados que mayor renombre y fama han alcanzado en los días que corremos, vino á verme ayer, algún tanto cariacontecido. Sin preámbulo alguno, empecé á despotricar contra su profesión, cosa muy común y á primera vista vulgarísima.

—No, querido Carlos —me decía—, ja-

CORREO RETRASADO



El niño.—¿No me dijiste que pedirías un hermanito á París?

La mamá.—Sí, vida mía, echamos la carta todos los días, pero se conoce que tu papá no pone bien la dirección.

más aconsejes á nadie que estimes, la profesión de abogado...

—Pero, Enrique, observa que hasta el presente momento estabas satisfecho de tu carrera...

—¡Pch! Lo cierto es que gracias á ella vuelvo á ser padre y te suplico apadrines al chico.

(Me quedé de piedra. ¡Como que la es-

posa de Enrique había dado á luz dos meses antes!)

—Pero, ¿cómo puede ser esto? —dije al fin—. ¿Acaso la Naturaleza, por *Real decreto*, concede á los abogados...?

—No, amigo mío, nada de eso. No es hoy mi mujer la cuidada, sino una de tantas clientes de quien he sido víctima. Me explicaré

Despachaba, según costumbre, en mi bufete, cuantos asuntos valían la pena y, naturalmente, presentaba, según costumbre también, las minutas cada semestre. Entre las que debía cobrar á últimos del año próximo pasado, figuraba una contra unos opulentos banqueros. Ella era una mujer para quien debió escribirse lo de la «dulce fruta del cercado ajeno»...

Un dependiente mío llevó la cuenta al domicilio de mis clientes. A los pocos días una señora muy enlutada entró resuelta en mi despacho. Era ella. Me contó que su esposo se había arruinado y suicidado luego, aun cuando este último extremo no se hizo público para evitar la deshonra; en fin, acabó diciendo lo que yo desde un principio temí: es decir, que no podía pagarme los honorarios devengados; se arrojó á mis plantas, ofreciéndome cuanto yo podía pedir...

Como estábamos en primavera, y ya mi mujer tenía que dejarme libre, tomé una determinación, que ella aceptó.

Fué cuando te pedí tu cuarto de soltero...

Después de unos quince días de amor sin trabas, nos separamos: marchó ella para su país natal, y nada más había vuelto á saber, cuando anteayer recibí en la Audiencia una esquelita citándome. Los placeres de antaño sentí que remozaban todas mis ansias y corrí á donde se me indicaba. ¡Oh, decepción! Encontré á mi *supernumeraria* costilla, sí, pero con un *rorro*, al que basta mirar para reconocer en él la obra de este tu desgraciado amigo.

No puede darse un parecido semejante... ni puede darse mayor calamidad que la de que, en vez de cobrar honorarios conforme á derecho, tengas que señalar una creciddita pensión para evitar un escándalo.

En fin, apadríname al nene... Y á cuantos seres con el alma quieras; si han de dedicarse al foro... díles que cobren siempre sus honorarios conforme á las leyes de Dios y de los hombres.

Carlos MARTÍ

El recurso de Aristides Aristides Pimentel estaba casado desde hacía más de veinte años con la incandescente y obesa malagueña Leocadia.

Cuando se conocieron, ella era modista con taller y tienda en la calle de Jacometrezo.

UNA ESCARMENTADA



Ella... para que luego lo cuenten como hicieron Pepito, Juanito, Adolfo, Gustavito, Luisito, Paquito, Fernandito, Rodolfo...

trezo, y él fabricante de aparatos ortopédicos. A pesar de su tempestuosa juventud, que Aristides magnánimamente hubiera deseado desconocer, la modista era celosa hasta la exageración.

Había prohibido a Aristides entrar en la tienda de modas que tenían en la calle de Jacometrezo y mucho menos en el taller, donde excepto Celestina, que era la encargada, nadie le conocía.

Aristides, que era un tenorio en toda la extensión de la palabra, dió á la malagueña, desde los primeros meses de su unión, sobrados motivos para exaltar su celoso temperamento.

Pasada la luna de miel, Aristides, quizá

por lógico efecto de su ardiente imaginación, consideróse como el sultán de un harén de que eran naturales odaliscas las oficiales de Leocadia.

Su primera víctima fué Celestina, á quien á causa de una inoportuna gestación, tuvo que buscar á la carrera un marido complaciente. Pero este contratiempo remedióse con facilidad, previo un pequeño sacrificio de dinero. Leocadia nada supo. Mas en su segunda aventura, no fué tan afortunado. Su mujer le sorprendió en flagrante delito de adulterio, cierta tarde, en compañía de una de sus más lindas obreras.

De entonces databa la prohibición de entrar en la tienda, y la tenaz vigilancia de la obesa modista. Aristides pasó por un período de prueba terrible. Iba á sus quehaceres con el tiempo tasado y tenía que dar cuenta á Leocadia hasta de sus actos más pueriles.

Tanta formalidad hizosele pronto intolerable y hasta hubiese enfermado si su rica fantasía, fecunda en recursos, no hubiese puesto término de un modo radical y felicísimo á tan riguroso método de vida.

Un día Aristides exclamó:

—¡Ya puedo ser feliz!



—Estas medias son como la tripa de Jorge, se estiran hasta lo infinito.

En efecto, había encontrado el medio de burlar la severa vigilancia de su mujer.

¿Qué hizo Aristides? Una cosa muy sencilla. Alquiló un cuarto en la calle de la Espada, y otro en la de Santa Brígida, donde después de amueblarlos convenientemente, recibió todas las mañanas á sus conquistas de una hora. Estas conquistas hacías en el propio taller de su esposa, para lo cual valfase del siguiente recurso: El día antes iba á casa de un memorialista y le dictaba la carta siguiente:

«Sra. D.^a Leocadia López.

Muy señora mía: Sírvase usted mandarme mañana, de nueve á doce, sombreros para escoger uno. De usted. atenta s. s.,

ENRIQUETA HIGUERA.»

El resto se adivina: El recurso de Aristides tuvo un éxito tan complejo, que superó á sus propias esperanzas y deseos.

Pero como no hay ni bien ni mal que cien años dure, para desgracia suya, la dicha de Aristides tuvo su término.

Leocadia, que no era lerdá, sospechó, al cabo, de aquella misteriosa parroquia que tenía siempre fuera del taller á sus más agraciadas obreras. Púsose, pues, al acecho; y por el hilo de las conversaciones de

sus oficiales, sacó el ovillo de la infidelidad de Aristides.

La ocasión de vengarse cumplida y magníficamente, tóvola en breve. Dos días después, á la cita de su misteriosa clientela de la calle de la Espada, asistió Leocadia en persona. Inútil fuera querer pintar el estupor de Aristides al hallarse ante su mujer y los terribles efectos de la cólera de su cónyuge. El desdichado marido quedó hecho una lástima cuando pudo escapar de las uñas de su cariñosa socia. Basta decir que Leocadia ha traspasado la tienda de la calle de Jacometrezo, y que en la actualidad Aristides no sale á la calle sino acompañado de su escamada costilla. Para colmo de su desdicha, según una célebre adivinadora, á quien á pocos días consultaron los esposos por curiosidad ésta ha predicho á Aristides que la gruesa y celosa Leocadia será la viuda en este modelo de matrimonios.

FÉLIX RECIO

Agentes exclusivos en Sud América
MASSIP Y PAJARES
RIVADAVIA, 1.255.—BUENOS AIRES

Imprenta particular de LA HOJA DE PARRA

CIEN PLAZAS

á Oficiales 5.^{os} de Hacienda

Anunciadas en la «Gaceta», convocatoria en 15 de Mayo y programa en 10 de Junio

APUNTES COMPLETOS

POR D. FRANCISCO ESPINOSA

Oficial en la Subsecretaría del Ministerio de Hacienda

Está á la venta por cuadernos al precio de 1,50 ptas. cada uno

Resultará la obra más barata en su género.

El comprador de estos APUNTES tiene derecho á consultar gratis al autor, sin envío de sello, cuantas dudas se le ocurran, escribiéndole al Apartado de Correos, 547.

Los pedidos, acompañados de su importe, á EL LIBRO POPULAR.—Madrid. = =